

Inauguración del curso académico 2017-2018 del sistema universitario catalán

Sala teatro, CCCB

En su intervención, el profesor Manuel Castells nos ha recordado cómo la institución universitaria ha ido evolucionando a lo largo de los siglos hasta alcanzar la reciente aceleración, fruto de la revolución tecnológica.

Solo analizando el último medio siglo veremos cómo hemos pasado de formar a las élites a asumir la responsabilidad de la formación de amplias capas de la población, así como de los profesionales que han entendido que hoy día la formación se extiende a lo largo de toda la vida.

Parfraseando el lema de aquellos tradicionales juegos de mesa, podemos afirmar que actualmente la universidad es para personas de 18 a 99 años.

A las nuevas exigencias formativas se ha sumado el impacto de la tecnología sobre la docencia. Como el resto de las actividades humanas, de las comunicaciones a la economía pasando por el ocio o las relaciones sociales, las ya no tan nuevas tecnologías han cambiado la docencia.

Por un lado, porque nos han dotado de recursos para personalizarla y mejorarla hasta niveles impensables. Por otro, porque nos han permitido un cambio de paradigma donde podemos pasar del pasivo «enseñar» al activo «aprender» o, mejor todavía, al aún más activo «aprender a aprender».

Los primeros en darse cuenta de esta transformación han sido los mismos estudiantes. De hecho, el poder del estudiante es —y será— creciente, con una voz decisiva en la definición y la configuración de sus estudios y de su carrera formativa. El cambio ya está aquí y necesitamos estar preparados.

Pero esta puesta a punto no puede hacerse sin un profesorado preparado, renovado, reconocido y motivado. Y aquí, ahora mismo, no estamos haciendo los deberes como haría falta. Rectificar esta situación pasa —como siempre— por disponer de los recursos necesarios que, por una parte, eviten convertir a los docentes en un nuevo precariado y, por otra, capten talento joven. **Pero no solo es una cuestión de dinero.**

Como recordaba Enric Argullol hace más de veinte años, en su último discurso como rector de la Pompeu Fabra, la actual organización del profesorado **«es heredera de una tradición excesivamente rígida»** y necesitamos **«poder ofrecer o abrir nuevas vías»**. La selección y unas buenas condiciones laborales son clave para el futuro de nuestro sistema universitario¹.

La ampliación de lo que podríamos llamar el espectro de la demanda estudiantil también ha ido vinculada a una transformación de nuestro papel como instituciones de enseñanza superior.



«Hoy el conocimiento ya no está restringido a aulas, laboratorios y bibliotecas —sean virtuales o físicos—, sino que también es rastreable en empresas, hospitales, museos, instituciones públicas y centros de todo tipo. El conocimiento es transversal a toda la sociedad y no está solo recluido en la universidad como si esta fuera un monasterio medieval.»

Como asimismo apuntaba el profesor Castells, sin dejar de ser generadores de conocimiento, hemos sumado a esta función el papel de nodo, un nodo que facilita el intercambio y la difusión, dado que en un mundo complejo como el nuestro el conocimiento interacciona necesariamente de manera compleja. Adaptarnos a esta complejidad es un reto que asumimos, que encaramos con ganas.

Con esas mismas ganas hacemos frente a la llamada de la ONU y sus diecisiete objetivos de desarrollo sostenible para transformar nuestro mundo en el año 2030. Una agenda internacional que ha entendido el papel clave de la universidad incorporando por primera vez la necesidad de una educación superior equitativa e inclusiva y de investigación para abordar los retos globales desde una perspectiva local. Porque, en mi opinión,

«la universidad debe ver cualquier revolución tecnológica y científica, cualquier reto social y humano, como una oportunidad para llevar a cabo su función social mediante la docencia, la investigación y

¹ Enric Argullol, [Inauguració del curs acadèmic 2000-2001](#), UPF, Barcelona.

la transferencia de conocimiento.»

De nada nos sirve un sistema universitario excelente y erudito, si vive ensimismado en sí mismo.

«Porque... sin impacto social, sin trascendencia más allá del campus, ¿servimos a la sociedad, a la que realmente nos debemos?»

De ahí la necesidad de disponer de un sistema universitario abierto, comprometido con la docencia, la investigación y la transferencia de conocimiento que buscan el impacto social, y todo ello con las antenas preparadas para adaptarse a los cambios en las necesidades de formación y en la naturaleza del trabajo.

No es hablar por hablar. En un libro reciente titulado ***The Wealth of Humans***, con un subtítulo muy esclarecedor: ***Work and Its Absence in the Twenty-first Century***, el autor, Ryan Avent, declara: **«Todavía no hemos visto nada sobre cómo debe cambiar el mundo, será como la Revolución Industrial»²**.

Si me permiten, me atrevería a ir un poco más lejos que este economista colaborador de The Economist: la próxima revolución, a la que muchos se refieren como la cuarta o como la de los robots, no será más que un primer paso hacia la construcción de la sociedad informacional que el profesor Castells propone en su trilogía ***The Information Age***, publicada en 1996.

Permítanme volver al inquietante y aparentemente contradictorio protagonismo de la financiación, aunque, como ya he comentado anteriormente, **¡no todo es dinero!**

Estos últimos años, coincidiendo con la crisis económica, hemos vivido lo que denomino **«la paradoja del sistema universitario catalán»**: en la época en que menos se ha podido invertir, mejores han sido los resultados en las listas de clasificación internacionales.

Que no me malinterpreten ni el secretario de Universidades e Investigación, ni el consejero de Empresa y Conocimiento, ni el presidente de la Generalitat: no estoy pidiendo estimular mayores recortes, muy al contrario...

² Ryan Avent, *The Wealth of Humans: Work and Its Absence in the Twenty-first Century*, Penguin, 2016. Existe una versión en castellano: [*La riqueza de los humanos. El trabajo en el siglo XXI*](#), Ariel, Barcelona, 2017,

Es evidente que esta paradoja tiene una validez temporal y se explica por la inercia del buen trabajo llevado a cabo antes y durante la crisis económica y, asimismo, por el impacto de esta crisis en otros sistemas universitarios menos acostumbrados a la escasez que el nuestro.

De hecho, resulta bastante evidente que la financiación es condición necesaria pero no es condición suficiente para figurar entre las mejores universidades del mundo.

Por tanto, permítanme recuperar el hilo del «¡**No todo es dinero!**» y señalar que es precisamente aquí donde nuestras universidades han hecho un gran trabajo, antes y durante la crisis económica. Sin embargo, aún lo podrían hacer mejor si se les proporcionaran las herramientas adecuadas. Esto significa que



«un sistema universitario que quiera cumplir su misión social necesita, además de dinero, dotarse de un entorno favorable.»

Dentro de dicho entorno incluiría, no solo una gobernanza más flexible, en la línea antes defendida por el presidente Pere Vallès, sino también una red jurídica propicia que favorezca su autonomía, dado que **el exceso de encorsetamiento actual resulta contraproducente.**

Evidentemente, aquí nuestro margen es escaso, ya que no nos corresponde a nosotros elaborar la legislación, pero sí podemos hacer llegar nuestra opinión. De hecho, debemos convivir con el marco jurídico, nos guste o no. Eso sí, si nos piden nuestra opinión, la daremos con la confianza de que nos escuchen. Al menos, con la esperanza de que el gobierno y el parlamento de turno la tengan en cuenta o incluso nos hagan caso. Porque, si nos pidieran la opinión, el titular sería claro: menos regulación. Dicho de otro modo: **«Dame herramientas y luego pasamos cuentas».**

«Cada universidad tiene sus particularidades, pero como sistema universitario catalán en su conjunto debemos aspirar a abrirnos y a flexibilizarnos.»

Desconozco qué ocurrirá en un futuro inmediato, pero me gustaría creer que si surge una posibilidad de cambiar las cosas, las cambiaremos para hacerlas mejor.

Según una de aquellas famosas frases atribuidas a Einstein **«Locura es hacer lo mismo una y otra vez, y esperar resultados diferentes. Si buscas resultados**

distintos, no hagas siempre lo mismo».

De ahí la importancia de, antes de tomar una decisión, seguir el consejo de otro de los grandes rectores catalanes, el histórico Josep Maria Bricall:

«Lo primero es entender la lógica de las cosas y el segundo paso es saber qué puedes y qué no puedes cambiar de esta lógica»³.

Y creo que la lógica, y voy recapitulando, nos marca un camino, un camino que pasa por un sistema universitario preparado para **educar y formar a lo largo de la vida** a un grupo cada vez más diverso de población; pasa por poner al **estudiante en el centro del aprendizaje** gracias a las oportunidades ofrecidas por la tecnología y un **profesorado preparado y motivado**; pasa por un **marco jurídico** basado en la **confianza** y la rendición de cuentas con **fórmulas flexibles** de **gobernanza**, y pasa, en última instancia, por entender la **educación** y la **investigación** como los grandes elementos que han de **transferirse** a la **sociedad**, como herramientas de impacto e influencia social, lo cual convierte a nuestros **centros** en **nodos** capaces de **generar, conectar, difundir y compartir el conocimiento**.

Cuando a lo largo de las próximas semanas se pongan en marcha los diferentes cursos, las asignaturas, los proyectos de investigación y los grupos de trabajo, el día a día nos arrebatará la mayor parte de nuestras fuerzas.

Pero tan indispensable es esta tarea cotidiana como trabajar todos juntos, como individuos y como sistema, para garantizar el futuro de la universidad catalana. El futuro de toda la sociedad catalana.

Muchas gracias.

Josep A. Planell

³ Declaraciones de Josep Maria Bricall, extraídas de «La UB recuerda al rector Josep Maria Bricall», [La Vanguardia](#), Barcelona, 24 de febrero de 2016.